



VIDA Y MARTIRIO

DE LOS GLORIOSOS

SAN CIPRIANO Y SANTA JUSTINA

En nombre de Jesucristo
la vida de san Cipriano
y la de santa Justina
os contaré en verso llano.

Corría el siglo tercero,
y nació en Antioquia
de padres ricos Cipriano,
muy dados á la idolatría.

Dotado de claro ingenio,
desde niño, fué educado
en todas las artes mágicas,
en que salió aprovechado.

Presumido y jactancioso
por ser jefe de hechiceros,
astrólogos y adivinos,
fué á países extranjeros.

Fino y hábil agorero,
y muy diestro en maleficios
de todos era buscado
á presidir sacrificios.

Pasó Atenas, después á Argos,
visitó también la Frigia,
no descuidando el Egipto,
y llegando hasta la India.

En la magia consumado,
con infames sortilegios
daba culto á los demonios
cometiendo sacrilegios.

Casi cual dios le miraban
los idólatras paganos,
y él odiaba de muerte
á los virtuosos cristianos.

Hinchado de innoble orgullo,
al volver á Antioquia,
ejerció sus malas artes
con descaro y osadía.

Para sus supersticiones
cometía mil abusos;
mucho sangre derramaba
por presagiar lo futuro.

De nuestros santos misterios
hacia continua burla,
propalando con cinismo
las mas atroces calumnias.

Por aquel tiempo una joven,
de belleza peregrina,
Antioquia habitaba,
y su nombre era Justina.

Tan buena era como hermosa;
sus padres mucho la amaban,
y en la religión gentilica
cuidadosos la educaban.

Era la misma modestia,
nunca salía sin velo,
y una joya tan preciosa
no la merecía el suelo.

Dotada de buen criterio,
juiciosa y muy prudente,
un sermón que oyó con gusto
la convirtió de repente.

Fortalecida de lo alto,
de virtudes fué modelo,
y á sus padres instruyó
en la religión del cielo.

De la virgen recatada,
así que á verla llegó
un joven llamado Agladio,
cual loco se enamoró.

Guapo y arrogante mozo
no pudo en su amor insano
de ella nada conseguir,
y habló de ello á Cipriano.

Y éste por demás vicioso,
sentía de igual manera
por ella un ardor lascivo,
en sus entrañas de fiera.

Mas ocultando su intento,
Cipriano se encargó
de seducir á Justina,
y sus artes agotó.

Confeccionó mil hechizos
invocando á Satanás;
ofrecióle sacrificios;
y la santa pudo más.

Por sugerencias del diablo
mil tentaciones tuvo
la honestísima doncella,
mas la gracia la sostuvo.

Pues Justina en su retrete,
á imitación de María,
virgen á Dios se ofreció,
y venció á la villanía.

Despechados y rabiosos
los demonios la asaltaban,
con horrorosas visiones,
y crueles golpes le daban.

Mas la joven animosa,
de la sierpe tentadora
con la señal de la cruz
salió siempre vencedora.

En medio de sus combates
á la virgen invocaba,
y María tan piadosa,
con su manto la amparaba.

Tan absorto y humillado,
tan confuso y abatido
quedó el soberbio Cipriano
viendo su poder vencido,

Que al maligno apostrofando
con dureza y energía,
increpó al mismo Satán
su flaqueza y cobardía.

—Tu poder es ilusorio;
eres, dijo, un fementido;
puede Jesús más que tú;
¡mal haya quien te ha servido!

Y el demonio sin rodeos
francamente le confiesa
que Jesucristo en verdad
es Señor de cielo y tierra.

Que la señal de la cruz
vencerá siempre al infierno,
y que todo esto le dice,
obligado del Eterno.

Y maldiciendo á los ídolos
fué á encontrar Cipriano
á un amigo íntimo suyo,
que sabía era cristiano.

Recibióle bien Eusebio,
dándole de corazón
alegres enhorabuenas
por su santa conversión.

Y ambos alabando á Dios,
á ver al Obispo fueron,
y del caso sucedido
exacta cuenta le dieron.

Receló el santo Prelado
no fuese superchería
de aquel mago que hasta entonces
sólo terror infundía.

Después, mejor informado,
quedóse bien convencido
que quien fué tan diabólico
era ya un vaso escogido.

Retirada en su aposento,
al saber esto Justina,
ensalzó, como era justo,
la Providencia divina.

Ofreció á Dios sus cabellos,
todas sus galas vendió,
y el precio de todas ellas
á los pobres repartió.

Abominando su ciencia,
el nuevo converso luego
llevó al Obispo sus libros,
y él mismo les puso fuego.

Con entrañas paternales
Antimo le adóctrinó,
y una vez catetizado,
gozoso le bautizó.

Admirado quedó el pueblo,
y gran parte, habiendo visto
un cambio tan sorprendente,
abrazó la fé de Cristo.

¡Oh portentos de la gracia!
hasta Agladio, de Justina
provocador insolente,
confesó la ley divina.

De sus crímenes pasados
hizo tan gran penitencia
Cipriano que alcanzó
del Redentor la clemencia.

Ya fervoroso cristiano,
á no tardar se ordenó,
y según dice la historia,
á ser obispo llegó.

Tanto la fama creció de Justina y de Cipriano por toda aquella comarca, que lo supo Diocleciano.

Y aunque se halla en Nicomedia manda furioso prenderlos, y al tribunal conducirlos por ver si podrá vencerlos.

Inútiles tentativas: con un valor poco visto delante del juez pagano confiesan á Jesucristo.

—Invocad á nuestros dioses que conservan el imperio, les dice el juez; deste modo podréis salvar vuestros cuerpos.

«Vuestros dioses son demonios, respondieron con firmeza, y aquellos que los adoran padecerán muerte eterna.

»Sólo un Dios hay criador, y Jesucristo es su Hijo, procediendo de los dos un Espíritu divino.

»Y solamente quien crea en ese Dios trino y uno, y cumpla sus mandamientos, de salvarse está seguro.»

El juez les manda que callen, y se tapan los oídos, y los entregan al tormento por ser blasfemos é impíos.

Luego los fieros verdugos á Justina la azotaron, y á Cipriano con garfios todo el cuerpo le surcaron.

Viendo su firme constancia al otro día encendieron calderos de pez y sebo, y allí dentro los metieron.

Como en delicioso baño el fuego no les quemaba, y ellos loaron á Dios porque tanto les amaba.

Salió vana su malicia, que los cristianos con maña á Roma los remitieron por librarlos de su saña.

En casa de una señoras estuvieron bien guardados; y en la iglesia de Letrán son hoy día venerados.

Casi revienta de cólera un sacerdote hechicero, y juzgando que hay engaño, se pone dentro un caldero.

¡Oh soberbia castigada! queda al lado de Cipriano en cenizas convertido aquel mísero pagano.

¡Gloria al Dios da las alturas! al punto toda la gente ensalzó al Dios que hacía un milagro tan patente,

De rabia y coraje lleno ordenó con gran presteza el implacable tirano le cortaran la cabeza.

No queriendo les honrasen, guardias fueron apostados para privar que enterraran aquellos cuerpos sagrados.

En la misma casa se halla de venta la verdadera **Oración de San Cipriano y de Santa Justina**; única y la más verdadera para hallar alivio en sus penalidades cuantos devotos de buena fe se inspiren en ella.